

La especularidad europea del YO francés en el siglo XVIII¹

ISABEL HERRERO
LYDIA VÁZQUEZ
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

Europa es ahora el lugar más agradable del universo...

Para que, en 1776, se comprenda bien esta afirmación de Louis-Antoine Caraccioli (1776), dirigida a un público francés cada vez más amplio, habrá sido necesario el desarrollo previo de toda una literatura de viajes y su correspondencia en el gusto novelesco. En estrecha relación con los diarios de viajes de finales del siglo precedente, fue sin duda la obra de Prévost (*Histoire Générale des voyages*) la que desencadenó en la novela de la segunda mitad del siglo XVIII el gusto por la aventura exótica y educativa, si bien con una última finalidad: la de concluir que *donde mejor está uno es en casa*, como bien dice Caraccioli.

Así vemos al joven héroe, *viajero errante* (s.a. 1777), comenzar un largo recorrido iniciático en el que el conocimiento del Otro pasa por una visión eurocentrista del mundo y galocentrista de Europa. Alejado de toda aspiración de conocimiento científico, el novelista de esa época apenas busca justificar un viaje que se reclama gran aventura hacia un Oriente,

¹ Si bien desde una perspectiva distinta, la presente comunicación es otra versión del artículo "Types nationaux européens dans des oeuvres de fiction françaises, 1750-1789", publicado en *Dix-Huitième* (1993).

hacia continentes lejanos, más que nunca ficticios. De esta manera, aparecen bellos lugares cuyo papel es servir de decorado al perfeccionamiento del carácter francés, liberado por dicha traslación espacial de todo encadenamiento histórico-cultural; historias de amor, historias de ascensión social se suceden en un contexto de libertad individual confrontada permanentemente a sí misma gracias al universo contrastivo del Otro, el salvaje en su doble vertiente de bondad, o de maldad.

Es el caso de Gascón de la novela de Bertrand de Montpellier (1772), afrontando diversas pruebas: el combate marítimo contra los Turcos, la terrible realidad del serrallo y de la esclavitud, la vergonzosa simulación de la conversión a una religión bárbara, su abjuración en España, paso previo al retorno expiatorio a la tierra madre francesa. Es el caso, en su sentido opuesto, del conde de Guine (1761) que se ve en la obligación de constatar la crueldad de los conquistadores españoles en América, que hacen, de hombres libres, esclavos y animales, víctimas de la injusticia europea (aunque no francesa). O el caso de Sir George Wollap de Duplessis (1787) quien, tras una profunda observación de ambos mundos, consigue un feliz mestizaje en su espacio insular, mezcla de progreso técnico y científico de los europeos (cuyos artífices son de nacionalidad francesa) con la inocencia primitiva de los nativos americanos.

Pero franceses, españoles e ingleses, confundidos en una unitaria representación del europeo frente al salvaje, no son, a su vez, sino una imagen novelesca de ese sueño francés del siglo XVIII, desde sus principios hasta Bernardin de Saint-Pierre: el de una sociedad *européa, a la francesa, a diferencia de Asia o de Africa*. Ahora bien, su factura, aun la ficticia, será hartamente compleja: y es que, a medida que nos acercamos a ese *ramillete de flores*, metáfora de la Europa de Caraccioli (1776: 1-3), u observamos detalladamente ese cuadro esmaltado de La Solle (1751), descubrimos el clavel francés, la rosa italiana, el pensamiento inglés, o esas pequeñas *figuras diferentes*, en un objeto común, pero acordes con *el clima y el gusto de cada Nación*.

Toma de conciencia progresiva de identidad galocéntrica, sed de conocer mejor al vecino, al que se admira o al que se odia, inquietudes contradictorias que el novelista contemporáneo reúne en su provecho, instruyendo al lector *acerca de las costumbres, el carácter y el ingenio de las naciones*, para así *evitar los defectos de los pueblos vecinos e imitar sus virtudes* (s.a. 1786: 28). Para todo ello, el francés debe sufrir la mirada escrutadora del extranjero: tras los pasos de los persas, llegarán los indios iroqueses o los jóvenes filósofos de Siria. La candidez de tales miradas permite la percep-

ción fría de cada nación europea en toda su especificidad; y el héroe francés, objeto sensible al dardo ocular exterior, se convertirá en viajero francés para, a su vez, lanzarse a la aventura europea del descubrimiento del exotismo de sus vecinos.

Así pues, el recorrido europeo se convierte en elemento ficticio nuclear en numerosos relatos del último tercio de siglo. Sin embargo, nada hay en ellos de novedoso con respecto a los *topoi* vigentes desde principios de siglo, cuando no herederos de siglos anteriores. Su novedad reside en su aparición sistemática: en efecto, ya no habrá novela sentimental o de aventuras que no sea contada por el héroe, narrador de su propia historia, y que no atraviese tierras inglesas, italianas y/o españolas. Esta es sin duda la causa inmediata de la moda del retrato nacional como elemento retórico de la producción novelesca de la época. ¿Cómo podrá extrañarnos que *la verosimilitud en la descripción de costumbres y caracteres* nacionales sea la primera exigencia a todo escritor, *por encima de la verosimilitud de las acciones?* (Lesuire, 1783: 1).

La obra de ficción propone una descripción de la naturaleza humana de cada nación europea. Esta aparece enmarcada dentro de la historia por un punto de vista externo, por lo que se excluye toda posibilidad de autorretrato, en beneficio de una proclamada *objetividad*. Punto de vista que se define como descubridor de lo heterogéneo puesto que, como subraya Jean-Marie Goulemot, *la nueva mirada al mundo, post-clásica, aparece como constatación de la radical diversidad de éste* (Goulemot, 1989: 69). De hecho, mirada subjetiva, ya que quien sueña con la diferencia acaba por exagerarla. Y no es de extrañar que, a menudo, los retratos de alemanes, ingleses, italianos o españoles, no sean más que meras caricaturas.

Estas imágenes, lejos de corresponderse con la finalidad exigida por la retórica clásica, es decir, significar una singularidad, relevar la particularidad, representar, en suma, *tan bien los rasgos y el carácter de una persona que pueda ser reconocida con facilidad* (Furetière, *Dictionnaire*), son consecuentes con figuraciones de tipos nacionales: el Milord, el Inquisidor, el Conquistador..., o bien con modelos sociales de la Europa contemporánea: el filósofo, el buen príncipe, el petimetre...

El carácter poco definido, tópico, de estos retratos nos lleva a creer que su finalidad no es en absoluto pedagógica, a pesar de ciertas declaraciones prologales. ¿Puede pensarse que tales obras, por su falta de verosimilitud, no merecen en tal caso nuestra atención? ¿O al contrario, no son sino eslabones de la cadena del debate que, en torno a la novela, recorrió el siglo? Sin duda, estas novelas contribuyen a producir esa *ilusión novelesca*

que obsesionó al género entonces y según la cual *se crean representaciones que no son más que el producto de un conjunto de convenciones que el lector reconoce como verdaderas por costumbre cultural* (Goulemot, 1991: 131). ¿Es posible concebir una España sin Inquisidores? ¿Sin Conquistadores? ¿Y donde la gente fuera tan trabajadora como los alemanes? ¿No podría tratarse, en definitiva, de un elemento más dentro de ese *sistema de credibilidad* que elaboró la novela de entonces?

Ya se trate de una extrapolación positiva, o bien de una exacerbación vindicativa, nada atractivo parece ser el origen de estos retratos. Si hacemos caso a *Les sauvages d'Europe*, la visión apocalíptica de los ingleses cuando se llega a su país puede desalentar al francés más valiente: al detenerse en una posada, sombría y siniestra, nuestros héroes se ven rodeados de *fumadores que beben tristemente del mismo vaso una especie de licor amarillento (...) y que devoran encima de mugrientas mesas unos enormes trozos de buey a medio hacer, pareciendo ignorar el uso del pan* (Lesuire, 1760: 20-21). Y ¿cómo no sonreír al encontrarnos con esos italianos rodeados de lava² y cuya *conversación está llena de fuego* (Caraccioli, 1767: 195), o con esa España donde *en lo referente al ingenio los caballos son los primeros, las mujeres las segundas y los hombres los últimos?* (Lesuire, 1784: 79).

Sin que aquí se trate de reconstruir la faz, metonimia corporal, ni siquiera el alma que representa a cada nación, hemos de constatar que dichos retratos comportan una distribución textual próxima de la normalización clásica: buscando cierto equilibrio, el retrato presenta sus unidades retóricas constitutivas distribuidas en dos vertientes, la física y la moral. Esta última aparece más explicitada, pero no es sino reflejo, para el lector de la época, de una apariencia física inequívoca. Como elemento dinamizador del estático retrato clásico, observamos sin embargo una novedad, la descripción de las costumbres, que concluye cada una de esas imágenes nacionales.

En general, una evolución de la anglofilia hacia la anglofobia se ve marcada y acentuada a partir de los años sesenta y, salvo excepciones como la de la marquesa de Saint Aubin (1765), la condesa de Malmesbury (1780) o Mme. de Beauharnais (1778), nuestros autores no pueden ni quieren ser benevolentes con esos hombres que *la sabia naturaleza ha hecho bien al separarlos del resto del mundo* (Lesuire, 1760).

² Se trataría de la *energía volcánica*. Vid. Delon (1989).

Por muy guapos que sean, como Milord B... de la Guesnerie (1760) que *a su noble talle, añadía uno de esos rostros brillantes en que aparecen reunidas todas las gracias*, o Lord Sidney de La Place (1773), *de distinguida figura*, los ingleses tienen un *físico frío* (Caraccioli, 1789), *monótono* (s.a. 1786) y un carácter *sombrío* (Caraccioli, 1776). El retrato masculino del inglés, siendo más preciso a nivel de la expresión que a nivel de rasgos, se reduce al *ojo triste, el ceño fruncido y la cabeza gacha* (Lesuire, 1760: 17). Las inglesas, más bellas, al parecer mejor conocidas por nuestros héroes franceses, reúnen todas las gracias, como lady Harriot (Malar-me, 1780), de cara bonita y talle esbelto, o como Stéphanie de Rosemont, que consigue incluso encender el fuego del frío Gran Inquisidor español (Beauharnais, 1778); son rubias o morenas, pero siempre *de ojos azules y de una palidez sin igual* como Miss Charlotte y Miss Rolly (Duplessis, 1787); aparecen incluso mejor caracterizadas, con rasgos más precisos, como la madrastra de la condesa de Marienberg, Mlle. Munchester (Boismortier, 1751), que lucía *una piel blanca y delicada, grandes ojos azules..., nariz aguileña, boca bien hecha*. Sin embargo, esos exteriores femeninos se mantienen ambiguos y cercanos a los caracterizantes masculinos, puesto que la excesiva blancura, *a la inglesa*, traduce, en la conocida fisiognomía de Della Porta, un exceso de flema, y los ojos azules, por mucho que traduzcan nobleza de alma, no son sino rasgo de frialdad anímica; la altura femenina, si bien confiere majestuosidad, no es sino condición de andares orgullosos y de falta de picante, por oposición a las *mujeres bonitas*, mucho más agradables. El (la) inglés(a) positivo(a) tiende a parecerse a las bellezas continentales, como Milord d'Ossemond (Saint-Aubin, 1765), que aparece como una *belleza singular* (ojos negros, pelo castaño oscuro), o la seductora del caballero de Kilpar (Montagnac, 1768), Miss Esther R..., que tenía *los ojos negros como el pelo*, pequeña e incluso una pierna fina y un piececito *esculpido y redondeado por las manos de las gracias*.

De perfil físico sin atractivo particular para los franceses, el inglés no es más positivo en lo concerniente a sus rasgos morales. No hacen falta largas conversaciones, o tratarse en profundidad, ya que el carácter del zorro es de todos conocido y desvelado desde un primer momento como en la tarjeta de visita de Mr. Fox de Lesuire (Lesuire, 1780), para Caraccioli el inglés es un leopardo (Caraccioli, 1767) y es que la animalidad salvaje y depredadora sienta bien a ese vecino insular cuya *taciturnidad, misantropía* (Sellier de Moranville, 1770) y *melancolía* pueden esconder la hipocresía o, lo que es peor, la falta de espíritu (sugerida irónicamente por Caraccioli a

propósito de esta nación particularmente dedicada a la reflexión (Caraccioli, 1789: 43-44). Nación, en suma, negativa de la que debemos preservarnos, y la simpatía, tan reciente como absurda, que en Francia se siente hacia ella no proviene, según Fougeret de Montbron (1757), de *M. de Vol.* ¿Cómo entender si no que se les crea libres cuando no son sino *licenciosos* (Caraccioli, 1772), patriotas si son *interesados* (Fougeret de Montbron, 1757) que abusan de la *libertad republicana* (Gain de Montagnac, 1768), dignos si son *orgullosos* (Fougeret de Montbron, 1757; Fanny de Beauharnais, 1778), buenos amigos resultando *disimulados e inconstant*? (Caraccioli, 1772). ¿Y qué podemos decir de una nación cuyas gentes se dicen *demócratas* cuando tan sólo son *asesinos, irrespetuosos* frente al Papa, al Rey, a los Ministros, a los nobles? (Fougeret de Montbron, 1757; Lesuire, 1760; s.a. 1786).

Si les creyéramos, nuestros héroes franceses tienen muchísima suerte al conseguir sobrevivir en las sucias calles de Londres, recibiendo sin parar codazos (Rabelleau, 1772), insultos en el teatro, en las reuniones de esta nación, compuesta por *bestias*, personas *maleducadas e indecentes* (Caraccioli, 1772).

Si se trata de su corazón, y algunos demuestran tener uno, nuestros héroes consienten en admitir que tienen *sentimientos de honor y de probidad, de fuerza y de libertad de espíritu* (La Guesnerie, 1760)., así como *sensibilidad*, constatando incluso que cuando se les ve *alegres* se trata de un *sentimiento* y no de una *costumbre* (Saint-Aubin, 1765). ¿Corazón puro y sin mancha? Ciertamente no; puesto que Milord P... (Contant d'Orville, 1764) confiere a sus acciones *un aire de Grandeza*, pero lo hace con la única finalidad de que *se hable de él*, o como el conde de Lowther (Malar-me, 1780), *franco, leal, bueno y hospitalario*, pero que *se cree demasiado su cuna y su nombre, defecto muy común entre los señores de su nación*. Si son sensibles, lo son con respecto a los placeres de la caza, despreciando los del amor (La Place, 1773). El *bello* retrato físico no servirá más que como elemento contrastivo del retrato moral negativo: como sir Thomlay (Saint-Aubin, 1765), que *es muy bien parecido*, pero que en lo *referente al espíritu más vale no hablar*.

La virtud y la sabiduría convendrían más a las mujeres, aparentemente menos *coquetas y locas*, más *domésticas* que las francesas o las italianas, si estas cualidades no sirvieran más que para esconder, casi siempre, las más sórdidas intrigas (Lesuire (1760) imagina a su héroe francés casándose con una inglesa, sin darse cuenta), y es que si las inglesas tienen espíritu y una

elocuencia persuasiva, es para que *las mentiras parezcan verdades* (Bodin de Boismortier, 1751).

Si las costumbres de ese pueblo parecen respetables para nuestros primeros autores (La Guesnerie, 1760; Montagnac, 1768), son irrisorias para los Fougeret, Caraccioli, Lesuire, quienes los consideran incomprensibles, a pesar de sus lecturas y viajes. Los primeros sienten cierta admiración frente a una nación que *ofrece un amplio campo a la actividad espiritual* (La Guesnerie, 1760: 24) y que *es la primera en lo concerniente a la caridad y las buenas obras* (Montagnac, 1768: 98). Al contrario, su carácter cómico se presenta a lo largo de comidas tan largas y abundantes como malas y aburridas (Bertrand, 1772; Lesuire, 1760; Lesuire, 1780); es llamativa su manera de vestir (Mauvillon, 1753); lo grotesco es el fruto del aburrimiento en esas asambleas donde la gente no sabe qué decir y donde la ausencia de mujeres y la abundancia de bebida parecen ser los únicos principios respetados. Cabría preguntarse, en tales casos, si los ingleses poseen algún encanto, alguna virtud, alguna buena costumbre. Ciertamente, no son supersticiosos como los españoles o los italianos, pero su cobardía es tal que son más miedosos que esas naciones (s.a. 1777). Sin ser esclavos de sus pasiones, desprecian sin embargo la vida, la suya propia, hasta el punto de darse la muerte por cualquier tontería (s.a. 1777; Lesuire, 1760; Lesuire, 1780). En suma, y sobre todo a partir de los años sesenta, la nación inglesa es mucho más contrastiva de la nación francesa que las antípodas creadas por los franceses a tal uso. Y es que la inglesa es una nación tan poco sólida *como el elemento que la rodea*, según señala Caraccioli (1772: 84).

Los italianos son bellos, pero de una belleza paradójicamente en contradicción con todas las leyes fisiognomónicas de la correspondencia. Las italianas son más numerosas y están mejor descritas que los hombres, cuyas cualidades viriles aparecen puestas en duda por algunos de nuestros autores (Lesuire, 1784). Las *bonitas morenitas perfectamente apetitosas* (Lesuire, 1782: 103) esconden, bajo una apariencia exterior *suave y acariciadora* (Mlle. Dolcini, vid. Carra, 1772), caracteres hipócritas (Loretty, vid. Bertrand, 1772), corazones atroces y lujuriosos (Eléonor, vid. Malarme, 1780); inclinadas a la venganza, los vicios y los crímenes (Signora Loreno, vid. Malarme, 1780), son personajes que dan miedo al viajero francés, confrontado a su pasión excesiva: la manía del veneno, la omnipresencia del marido celoso (sólo desmentida por Caraccioli, 1772), alejan a nuestros héroes franceses de esas sirenas de *bella voz* (Carra, 1772).

La controversia estética se instala en nuestros autores cuando se trata de describir las costumbres italianas. El gusto por la poesía y por la música puede traducir ora el carácter refinado de esta Nación (Caraccioli, 1772), ora su poca firmeza y virilidad (Lesuire, 1784 y 1788), ora su gusto por los usos hiperbólicos. La importancia que dan al teatro, con el carnaval como testimonio privilegiado, puede ser prueba de cultura y de carácter alegre (Caraccioli, 1772; Lesuire, 1784) o de hipocresía y falsedad (Bertrand, 1772; Lesuire, 1784). Su devoción puede ser marca de sabiduría (Caraccioli, 1772), pero lo más frecuente es que lo sea de perniciosa superstición (Lesuire, 1784). Todos nuestros autores están, sin embargo, de acuerdo para reprobar su gusto por el fasto y por la ceremonia.

La antipatía generalizada por la nación española es flagrante. El veredicto es duro para esta *desgraciada península* de la que el Cosmopolita *ha oído decir tantas cosas malas*. El retrato físico del español es parcial y aparece poco desarrollado, pero no es en absoluto ambiguo: rara vez son bellos y bien hechos, e incluso absolutamente desprovistos de encantos (Thiroux d'Arconville, 1775), los españoles son en general bajos en exceso (aunque se autodenominen *grandes*), y tienen la piel demasiado oscura (como ese ministro intrigante, Felici, de *Lettres de Stéphanie*, vid. Beauharnais, 1778).

El héroe francés se muestra en mejor disposición cuando se trata de configurar el retrato físico de la española, cuyas generalidades se limitan sin embargo a la descripción de una belleza estereotipada: *muy bonita*, detentora de *rasgos muy bellos y delgada*. Cuando aparece representada individualmente, comparte con la italiana los rasgos picantes de las bellezas meridionales opuestas a las bellas pero sosas del Norte: *los ojos más grandes, las cejas más negras y la boca más roja* (Fleuriot de Langle, 1786). Sin embargo este retrato físico no puede ser considerado positivo ya que traduce, como el de la italiana, un carácter demasiado pasional que fuerza, por ejemplo, al héroe de Lesuire a defenderse de una de esas españolas que parece la mujer de Putifar (Lesuire, 1784: 108).

Más viva, más salada, la mujer española lo es tan sólo para dar libre curso a su ardiente imaginación y a sus fogosas pasiones (Bricaire de la Dixmerie, 1770). Incluso el hispanófilo Florian confiesa que *hay que huir de ellas o buscarlas* (Florian, 1784); y parece ser que nuestros héroes se deciden, mayoritariamente, en el sentido de la huida, porque aunque *pudieran tocar sus sentidos*, nunca conseguirían *alcanzar su corazón* (Florian, 1784).

Más que en el caso de las otras naciones anteriormente citadas, el rostro del español traduce su carácter, su corazón y su espíritu. Coléricos, graves y secos (tez amarilla y sombría, vid. Caraccioli, 1772), son temibles: Conquistadores, Inquisidores o simples mortales, parecen tener una grandísima habilidad para matar (como ese español del *Soldat parvenu* (Mauvillon, 1753) que, a la palabra *rebelión* pronunciada por un francés, *frunció el entrecejo... y lo mató de una puñalada*). Orgulloso en exceso, su grandeza es tan ficticia en lo social como en lo físico (Don César d'Avalos, en Lesuire, pretende ser noble y rico cuando sólo es un pobre posadero y un ladrón (Lesuire, 1784). Pesados y lentos de movimientos (los españoles, cuando un francés se echa a andar, creen que está corriendo, nos dice Caraccioli, 1772), también lo son por carácter, ya que su vagancia (para Caraccioli (1772) la siesta es el símbolo) es la norma de esta Nación.

Lo que singulariza particularmente el retrato del español es que si una parte de los caracterizantes de su retrato moral se deducen directamente de su descripción física, otra parte está en relación directa con la Historia de su Nación; supersticioso por tradición más que por fe (s.a. 1777), imperioso por tradición más que por carácter (Thiroux d'Arconville, 1775), mal actor y mal músico por ignorancia y no por incapacidad (Mauvillon, 1753; Bodin de Boismortier, 1751), vago por circunstancias políticas (el oro de América, vid. Gautier, 1789), el español es susceptible de evolución, si su coraje y su franqueza se imponen a esa imbecilidad adquirida (Fleuriot, 1786) que se opone a las Luces del siglo.

La esperanza de acercamiento a la imagen de un francés civilizado parece sin embargo desvanecerse si se trata de describir las costumbres españolas, tan extrañas como poco apetecibles de imitar. Los españoles se empeñan en esconderse tras sus capas y sus mantillas, extrañas ropas que horrorizan al viajero francés (Lech, 1763); no es que coman mal, como los ingleses o italianos, es que no comen (La Solle, 1751); están todo el día tomando chocolate o picando cosas sin sustancia; sus espectáculos se limitan a los toros y a las procesiones (Fleuriot de Langle, 1784; Mauvillon, 1753); les encanta la pompa y el cortejo (Caraccioli, 1772; s.a. 1786), pero no saben pasarse (Caraccioli, 1772).

Ingleses poco supersticiosos, italianos bellos pero en contradicción con su corazón, españoles en ligera evolución, los caracteres positivos de estas tres naciones sirven para que se vean más todos los elementos negativos; éstos, a su vez, no son sino el contraste de los elementos positivos de la nación francesa. Por ello Francia es la gran ausente de esta galería de

retratos, ella es, en realidad, el único objeto de interés descriptible a lo largo de todas las historias analizadas.

El héroe francés sirve de referencia estética, de referente tanto físico como psíquico del *otro*; éste sólo aparece para confirmar el carácter exportable de esta imagen viajera, íntegra al tiempo que integradora. El bello francés, poseedor de un *je-ne-sais-quoi* ausente de las demás bellezas europeas, presenta el tipo modélico: tolerante, emprendedor, honrado, valiente, etc... Este francés-tipo aparece tan sólo criticado en sus costumbres: ligereza, superficialidad y petulancia; ahora bien, una vez singularizado, esa crítica desaparece, y el francés viajero, fuera de sus fronteras y en su confrontación con el otro, recupera su auténtico talante: sensible, delicado, bien educado, amable y sociable.

En definitiva, nuestros autores presentan una imagen del otro que tiene como función la de servir de doble reflejo de su yo nacional. El francés, como europeo, parece compartir el *estado de decadencia* de las demás naciones europeas, pero se beneficia de una septentrionalidad obligada frente a una nación española en plena decadencia y, comparado al estado del hombre salvaje, escapa al crepúsculo de los antiguos imperios europeos.

Por otra parte, bajo una representación europea, más o menos unitaria, la diversidad progresivamente especificada del otro marca la civilidad iluminadora de los franceses, y, desde este punto de vista, no puede sorprendernos su rechazo a las maneras inglesas, ni la reafirmación de su espíritu de progreso a su paso por tierras españolas o italianas.

Frente a las cualidades positivas de la nación francesa, más sólidas por el hecho de no aparecer especificadas, el otro sería el agente externo que permitiría la individualización del francés, su singularización frente a la representación colectiva de todas las demás naciones.

Y es que el francés será modélico en la medida en que se singularice, y sólo será modelo europeo en la medida en que las otras naciones adquieran las luces necesarias para ser capaces de copiar ese modelo. Y nos estaremos acercando a la imagen idílica de una Europa *ilustrada* en la medida en que se uniformicen las imágenes de las naciones europeas, y se dobleguen al patrón francés.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

* ANONYME (1777): *L'ombre errante, rêve historique dans l'atmosphère.*

- * ANONYME (1786): *Valentine ou lettres et mémoires intéressants d'une famille anglaise*. Lausana/París.
- * ANONYME (1787): *Histoire d'une Franc-indienne écrite par elle-même*. Surate.
- * ANONYME (1789): *Coraly et Zamore ou les illustres Américains*. Manoa/París.
- * BEAUHARNAIS, F. de (1778): *Lettres de Stéphanie*. París.
- * BERTRAND (1772): *Mémoires d'un Languedocien*. Montpellier.
- * BOISMORTIER, B. de (1751): *Mémoires historiques de la comtesse de Marienberg ou l'inconstance dans l'amour chez les hommes*. Amsterdam.
- * BORDE, C. (1768): *L'Américain sensé, par hasard en Europe et fait chrétien par complaisance*. A Rome, avec la permission du Saint-Père.
- * BRICAIRE DE LA DIXMERIE (1770): *Le Sauvage de Tahiti aux Français avec un envoi aux philosophes amis des Sauvages*. Londres/París.
- * BRICAIRE DE LA DIXMERIE (1773): *Toni et Clairette*. París.
- * CARACCIOLI, L.A. (s.d.): *Le livre des quatre couleurs*. Aux quatre Eléments. Imprimerie des Quatre Saisons.
- * CARACCIOLI, L.A. (1759): *Le livre à la mode*. Europe.
- * CARACCIOLI, L.A. (1767): *Lettres récréatives et morales sur les mœurs du temps*. París.
- * CARACCIOLI, L.A. (1772): *Voyage de la Raison en Europe*. Compiègne/París.
- * CARACCIOLI, L.A. (1776): *L'Europe française*. París: Turin.

- * CARACCIOLI, L.A. (1789): *Lettres d'un Indien à Paris à son ami Glazir sur les moeurs françaises et sur les bizarreries du temps*. Amsterdam/París.
- * CARRA, J.L. (1772): *Odazir, ou le jeune Syrien, roman philosophique, composé d'après les mémoires d'un Turc*. La Haya.
- * CASTILHON, J. (1770): *Histoire de Fortunatus et Histoire des enfants de Fortunatus*. París.
- * CHEVALIER DE DUPLESSIS (1787): *Mémoire de Sir George Wollap*. Londres.
- * COMTESSE DE MALARME (1780): *Lettres de Milady Lindssay ou l'Epouse pacifique*. París.
- * CONTANT D'ORVILLE (1764): *L'Humanité. Histoire des infortunes du Chevalier de Dampierre, contenant des anecdotes secrètes et particulières sur les dernières révolutions de Perse*. París.
- * DELACROIX, J.V. (1771): *Mémoires d'un Américain. Description de la Prusse et de l'Île de Saint-Domingue*. Lausana/París.
- * DELON, M. (1989): *L'idée d'énergie au tournant des Lumières*. París: P.U.F.
- * DUPLESSIS, Chevalier de (1789): *Honorine Derville ou Confessions de Madame la Comtesse de B***, écrites par elle-même*. Londres.
- * FLEURIOT DE LANGLE (1784): *Voyage de Figaro en Espagne ou Voyage en Espagne*. Saint-Malo.
- * FLEURIOT DE LANGLE (1786): *Amours ou Lettres d'Alexis et Justine*. Neuchâtel.
- * FLORIAN (1784): *Les six nouvelles de M. Florian: Bliombéris, nouvelle française; Pierre, nouvelle allemande; Célestine, nouvelle espagnole; Sophronime, nouvelle grecque; Sanche, nouvelle portugaise; Bathmendi, nouvelle persane*. París.

- * FOUGERET DE MONTBRON (1750): *Le cosmopolite ou le citoyen du monde*. Londres.
- * FOUGERET DE MONTBRON (1757): *Préservatif contre l'anglomanie* (devenu en 1762 *L'anti-Anglais*). Minorque.
- * GAUTIER (1789): *Jean le Noir ou le Misanthrope*. Paris.
- * GOULEMOT, J.M. (1989): "Écriture de la possession du monde et philosophie des Lumières", *Le temps de la réflexion*, X, pp. 68-73.
- * GOULEMOT, J.M. (1991): *Ces livres qu'on ne lit que d'une main*. Aix-en-Provence, Alinéa.
- * HERRERO, I. & VAZQUEZ, L. (1993): "Types nationaux européens dans des oeuvres de fiction françaises, 1750-1789", *Dix-Huitième* n° 25, pp. 115-127.
- * LA GUESNERIE, Mme. (1760): *Mémoires de Miladi B****. Amsterdam/Paris.
- * LA PLACE, M. de (1773): *Lettres à Milady****. Bruselas.
- * LA SOLLE, A. (1751): *Mémoires de Versorand*. Maestricht.
- * LA SOLLE, A. (1752): *Anecdotes de la Cour de Bonhomie*. Londres.
- * LAISSE, Mme. de (1774): "Il n'est pas impossible de parvenir au bonheur", *Nouveaux contes moraux*. Paris.
- * LAMBERT, Abbé (1764): *Mémoires et Aventures de Dom Iñigo de Pas-carilla*. España/Paris.
- * LE BLANC DE GUILLET (1761): *Mémoires du Comte de Guine*. Amsterdam.
- * LECH (1763): *Mémoires du Chevalier de Berville ou les Deux amis retirés du monde*. Colonia y Paris.

- * LESUIRE (1760): *Les sauvages de l'Europe*. Paris.
- * LESUIRE (1780): *Les Amants français à Londres ou les délices de l'Angleterre*. Londres/Paris.
- * LESUIRE (1782): *L'Aventurier français ou mémoires de Grégoire Merveil*. Londres/Paris.
- * LESUIRE (1783): *Première Suite de l'Aventurier français ou mémoires de Grégoire Merveil, marquis d'Erebuil*. Londres/Paris.
- * LESUIRE (1784): *Seconde Suite de l'Aventurier français contenant les mémoires de Cataudin, chevalier de Rosamène*. Londres/Paris.
- * LESUIRE (1788): *Dernière Suite de l'Aventurier Français contenant les mémoires de Ninette Merviglia, fille de Grégoire Merveil*. Londres/Paris.
- * MARQUISE DE SAINT-AUBIN (1765): *Mémoires en forme de lettres de deux jeunes personnes*. La Haya.
- * MAUVILLON (1753): *Le soldat parvenu*. Dresde.
- * MONTAGNAC, G. de (1768): *Mémoires du Chevalier de Kilpar*. Paris.
- * MOUBERT DE GOUEST (1755): *Lettres iroquoises (l'Europe vue par un Iroquois)*. Irocopolis, chez les Vénérables.
- * RABELLEAU (1772): *Voyage d'un prince autour du monde ou les effets du luxe*. Rouen.
- * SELLIER DE MORANVILLE (1770): *Les deux amis ou le comte de Méralbi*. Amsterdam.
- * THIROUX D'ARCONVILLE (1775): "Histoire d'Agnès de Castro", in *Mélanges de Littérature*. Amsterdam.
- * VIOLAINE, Comtesse de (1776): *Mémoires de M. de Saint-Gory*. Londres.